

Estarriol, Ricardo, *Un corresponsal en el frío. Memorias de 40 años entre España y el Este de Europa*, Madrid, Rialp, 2021, 524p. ISBN: 978-84-321-6008-0. 22€ 

5 de mayo de 1982. Plan de procedimiento operativo en el caso «SEP» [Buitre]. Presentación. 1. Nacido en la rebelión. 2. Huellas de Escrivá en Viena. 3. Las grietas del monolito. 4. Al otro lado del Telón de Acero. 5. La primavera de Praga. 6. Siete años de normalización y Helsinki. 7. Antes y después de Helsinki. 8. De Helsinki al Papa polaco. 9. Dos cardenales húngaros. 10. El mundo de los espías. 11. La *Ostpolitik* del Vaticano. 12. ¿Por qué precisamente en Polonia? 13. El Papa polaco levantó la tapadera. 14. Los líderes de la huelga tenían 23-24 años. 15. Minorías nacionales. 16. El Muro cayó en Varsovia. 17. Abriendo camino en Polonia. 18. La penúltima carrera. 19. Los nacionalismos. 20. El Ejército yugoslavo se hace serbio. 21. Los mudos testigos de Occidente. 22. Las masacres serbias cohesionan croatas y musulmanes. 23. El mundo de los primeros croatas del Opus Dei. 24. Más guerra.

Después de la lectura de las memorias de Ricardo Estarriol, corresponsal durante casi 40 años de *La Vanguardia* en el este de Europa, hay que reconocer al menos cuatro rasgos de su figura sin los cuales es del todo imposible entenderle. El primero es su catolicismo: tanto que, en la primera página de su obra, declara que:

el más antiguo recuerdo que poseo es el de mi «segundo» bautismo. El primero y auténtico lo había recibido el mismo día de mi nacimiento, el 27 de febrero de 1937, en plena guerra civil española (...) La Iglesia, después de la guerra, tuvo que recomponer, en las parroquias, muchos libros de registro de bautismos. Esto nos indica que después de 1939 se realizaron bastantes bautismos *sub conditione* cuando no era posible o fácil verificar la validez de bautismos realizados en condiciones de emergencia. En mi caso aquella segunda ceremonia tuvo lugar en una parroquia provisional que se organizó después de la guerra en Girona¹.

¹ Dos obituarios muy distintos destacan la personalidad cristiana de Ricardo Estarriol. En *El País* de 29-5-2021, la conocida periodista Berna González Harbour afirma, entre otras cosas, «la calidad de ese periodista siempre trajeado, afable, culto, alegre, gran compañero, generoso, solitario en sus renuncias debido a su pertenencia al Opus Dei (...). Los dos no podíamos ser más diferentes y, sin embargo, nos unió una apasionada y pertinaz búsqueda de la verdad, que es finalmente de lo que trata el periodismo (...). Estarriol, fallecido el 15 de mayo en Viena a los 84 años, viajó con el cuaderno de periodista en una mano para cubrir la historia y con sus biblias que introducía clandestinamente en China o en el este de Europa como adalid que era del mensaje cristiano en la otra (...). Estas palabras quieren ser un homenaje, una mirada de quien no compartía con él la religión, pero sí otra devoción mayúscula: por el periodismo, que nos llevó a presenciar la historia juntos en primera fila. Estarriol es de los que han hecho del oficio y del mundo un lugar mejor». En su obituario, publicado en *La Vanguardia* el 25 de mayo, su colega y amigo Xavier Mas de Xasàs, decía entre otras cosas: «A Ricardo Estarriol los servicios del espionaje polaco le llamaban *Sep*, el buitre. Lo tenían vigilado porque se reunía con la disidencia para documentar unas crónicas que eran una amenaza para el comunismo, no solo en Polonia, sino en todo el este de Europa, incluida Rusia. Empezó a publicarlas en este diario en 1964, cuando ningún otro medio español tenía corresponsal en la Europa comunista, y no se jubiló hasta el 2002, once años después del colapso de la Unión Soviética. En buena medida, también era un disidente en su calidad de periodista comprometido con la libertad y los derechos humanos. Cuando comenzó a trabajar en *La Vanguardia*, Estarriol ya vivía en Viena, adonde Josemaría Escrivá de Balaguer le había animado a ir. Si para un joven



RECENSIONES

Un nuevo paso en su «aculturación» católica fue su decisión de incorporarse al grupo de *minyons escoltes* (*boy scouts* catalanes).

Pero la novedad principal en la progresiva relación con el mundo católico de su tiempo y lugar fue su primer contacto con el *Opus Dei* a través de Pep Arquer, que «vino a hablarme de lo que muy poco antes había cambiado toda su vida y que llevaba en su corazón: su conversión personal después de haber conocido el espíritu del *Opus Dei*» (p. 28). Arquer

fue más tarde a Roma para estudiar Teología y prepararse para el sacerdocio. Lo perdí de vista durante algunos años. De repente, en 1952, supe que San Josemaría le había pedido —siendo ya sacerdote— que fuera a Alemania para empezar allí el apostolado del *Opus Dei*. Sé que aprendió rápidamente el alemán. Su talento literario le llevó a convertirse en traductor de los escritos de Escrivá al alemán. Redactaba con un estilo literario igual o superior al de muchos nativos.

Pero esto es otro asunto. Seguramente fue a finales de 1952 o a principios de 1953 cuando el consiliario de la Acción Católica de Girona (...) nos aconsejó a los *minyons escoltes* que hiciéramos ejercicios espirituales, y nos dijo: «Pero no os los quiero dar yo, porque ya paso demasiado tiempo con vosotros: el doctor Pèlach ha dicho que está dispuesto a hacerlo».

Mossèn Enric Pèlach tuvo también un papel decisivo en mi biografía (...). Durante aquellos pocos días [de ejercicios] aprendí a rezar mejor, a dialogar con Jesús ante el Sagrario, a intentar limar asperezas de mi carácter, a pedir perdón y a perdonar, a estimar la presencia de Dios en mi corazón... Hablé largo con él y, después, continué confesándome con él. Pèlach tenía veinte años más que yo. Más tarde supe que había sido uno de los primeros sacerdotes diocesanos en pedir la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, una asociación sacerdotal inseparablemente unida al *Opus Dei* (...). Murió con fama de santidad» (p. 29).

Por entonces el *Opus Dei* sólo contaba con 25 años de vida. Un día (...), Arquer me preguntó si yo estaría dispuesto a ser numerario del *Opus Dei*. Es decir, una de estas personas que deciden seguir una llamada de Dios para dedicar toda su vida (incluido el celibato) a convertir su trabajo en medio de santificación y de apostolado, sin cambiar de estado y, por lo general, viviendo en centros de lo que hoy es una Prelatura. (...). La pregunta no me sorprendió, porque la veía venir, y con el empujón de la gracia de Dios no puse ninguna pega. Era el 24 de abril de 1953 (pp. 29-30).

Mi vocación al *Opus Dei* corrió paralela a mi primer trabajo periodístico. Los de la Obra que me acompañaban espiritualmente me aconsejaron que acudiera en verano a uno de los cursos de formación «para los nuevos», que iban a tener lugar en Granada o en Valencia. Después de Arquer fueron otros los que venían a atendernos desde Barcelona: uno de ellos fue Florencio Sánchez Bella, que luego sería la *cabeza* del *Opus Dei* en España durante casi 25 años (...).

periodista de Girona, sujeto de una dictadura de corte fascista, ya era difícil cruzar el telón de acero, mucho más era propagar las ideas cristianas del *Opus Dei* en unos países comunistas donde la religión estaba prohibida».

RECENSIONES

Lo del curso en Valencia no iba a ser fácil. Mi padre no tenía dinero, y yo, menos. Entonces dije en casa que me gustaría poder ganar algo ese verano. «¿Y qué te gustaría?», me preguntó mi padre. Sin grandes esperanzas comenté: «Me gustaría hacer algo que me sirviera para ser periodista...». Mi padre, que también se llamaba Ricard, sabía que a su segundo hijo le gustaba hacer diarios en el colegio o en los *minyons escoltes*.

Ricard Estarriol senior solía asistir a una tertulia de café, de la que formaban parte algunos amigos y conocidos, entre ellos el director de *Los Sitios de Gerona*, que era el único diario de la ciudad. La Falange lo había incautado después de la guerra, había cambiado el nombre, y lo había incluido en un *holding* de la prensa falangista de alcance nacional. El director, Miñano, me dio trabajo (pp. 32-33).

Pero de la formación periodística de Estarriol hay mucho más que hablar, porque, como él mismo dice, «yo quería estudiar Derecho y ser periodista» (p. 33).

El desarrollo del apostolado del Opus Dei era dinámico. En aquella época hubo numerosas vocaciones de todo tipo, también en Cataluña, incluso más que en otras partes. Pienso que el caso de Girona era paradigmático (p. 33).

En vista de lo poco que había visto y vivido, me extrañó que los directores de la Obra me preguntaran si quería ir a Santiago de Compostela para comenzar en 1954 los estudios de Derecho. Allí había un nuevo colegio mayor y me imaginé que necesitaban «refuerzos». Pero los que no contaban con ello eran mis padres (...).

Ellos sabían que yo era de la Obra, pero no se imaginaban que mi vocación pudiera tener semejante proyección en mi vida personal y familiar. Mi hermano, que no era de la Obra, estaba estudiando Químicas en Barcelona, donde vivía en el piso de un tío nuestro; yo tenía muy claro que la familia no podría financiar mis estudios fuera de Barcelona (...).

Fue entonces (era el verano de 1954) cuando descubrí de un modo nuevo la compañía del ángel de la guarda. Era un aspecto que el fundador del Opus Dei aconsejaba a las personas de la Obra, y más o menos yo hacía el mismo propósito de invocar de vez en cuando a los ángeles custodios. En aquella ocasión lo hice de modo especial porque veía el asunto muy negro. No quería disgustar a mis padres, y se me hacía difícil encontrar el modo de explicarles que deseaba irme a Santiago. Finalmente, un día, en un momento de la cena, se me ocurrió decir, como quien no quiere la cosa: «Bueno, *tendríamos* que empezar a pensar dónde me *convendría* empezar la carrera». No pude continuar: mi madre levantó los ojos del plato y miró a mi padre —que no acababa de entender en qué lío pretendía yo involucrarles— diciendo: «Tu hijo es capaz de querer estudiar en Santiago...».

Vi el cielo abierto, «confesé» mi deseo y finalmente conseguimos una solución aceptable. Pienso que pronto entendí de dónde procedía la inspiración de mi madre: además del ángel custodio, teníamos en casa una muy conocida novela romántica de principios [del] siglo XX llamada *La Casa de la Troya* que describía con gran viveza el día a día de los estudiantes de Santiago de Compostela (...).

Durante mi estancia en Santiago, el consiliario de la Obra en España había recibido una carta de san Josemaría en la que le decía:

«Me siento muy seguro al afirmar que Dios Nuestro Señor nos va a dar medios abundantes —facilidades, personal— para que trabajemos por Él cada día mejor en la parte oriental de Europa, hasta que se nos abran —que se abrirán— las puertas de Rusia».



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

Y más adelante:

«Haz que digan muchas veces la jaculatoria: *Sancta Maria, Stella Orientis, filios tuos adiuva!* (¡Santa María, Estrella de Oriente, ayuda a tus hijos!); hijos míos, hacéis falta por el mundo».

Recuerdo que el mensaje me llegó entonces y me impresionó. Pero nada más. Seis años más tarde empezaría a comparar fechas: el 7 de mayo de 1955 Escrivá había cruzado la línea de demarcación por delante de un soldado soviético que montaba guardia en el puente sobre el río Enns (era la segunda vez que viajaba a Austria). El 15 de mayo los aliados firmaron el Tratado de Estado que restauraba la soberanía de Austria². Meses después, el 3 de diciembre, san Josemaría cruzaba de nuevo el río Enns (ya sin soldados), y al día siguiente, 4 de diciembre, en la Catedral de San Esteban de Viena tuvo la inspiración de encomendar el futuro apostolado del Opus Dei a la Virgen representada en el icono de María Pócs. El lunes 9 de diciembre, ya en el camino de regreso a Roma, escribiría a Madrid la carta mencionada (pp. 35-36).

Mi *curriculum* de estudiante fue bastante agitado, debido a mi interés por conseguir el título de graduado en Periodismo y de hacer prácticas sin dejar de estudiar Derecho. En aquella época sólo existía en España una Escuela de Periodismo, que había sido creada por el gobierno con el fin de formar periodistas «dóciles» a la doctrina del partido de la Falange. La Escuela tenía una «filial» en Barcelona. Yo no tenía ninguna intención de ser dócil, pero quería ser periodista. Sólo los egresados de aquella Escuela podían ejercer legalmente la profesión de periodista. Total, que de Santiago regresé a Barcelona, para continuar Derecho y comenzar Periodismo.

El primer apartado de esta etapa no puede ser sino su instalación en Viena, después de haber terminado Periodismo en Madrid. Pero sobre su formación como periodista Estarriol dice más cosas, en concreto de su formación en Barcelona y en Castilla, que en esta reseña ocuparían demasiado. Pero es interesante lo que dice de las Escuelas de Periodismo:

Barcelona era una ciudad cosmopolita, muy diferente del núcleo catalán de mi primera adolescencia en Girona, y tenía además una Universidad en rebelión. El curso 1956-57 fue una época de huelgas en Barcelona y demostraciones de solidaridad de los estudiantes. Yo me impliqué en la rebelión estudiantil (...). En la Escuela de Periodismo, en la Rambla de Santa Mónica, también secundé la protesta [contra la situación de la universidad, y de la ciudad]. Fue entonces cuando me di cuenta de que ese tipo de escuelas son precisamente los nidos de la disidencia en los regímenes dictatoriales. Es decir, un régimen que pretende formar a una élite para la propaganda tiene que facilitar a esta élite una formación e información, que tarde o temprano la convierte en oposición. Recuerdo un viaje a Cataluña del ministro de Propaganda de Franco, Arias Salgado: visitó la escuela y almorzó con los alumnos en un buen restaurante de la Costa Brava. Entonces tuve conciencia de lo que implicaba aquel codearse de los periodistas con los círculos del poder. De todas formas, de casi todos mis compañeros, ninguno o casi ninguno salió falangista. El resultado fue el opuesto.

Uno de los profesores, Horacio Sáez Guerrero, sería años más tarde director de *La Vanguardia*. La enseñanza periodística era práctica: nos contaban cómo funcionaba la prensa americana y el trasfondo de las agencias internacionales de noticias. Había campeonatos de

² Arnold Suppan le da mucha importancia al Tratado: la tuvo para su país.

RECENSIONES

redacción. Es decir, nos contaban una historia, había que redactarla y ganaba el que menos palabras utilizaba (...).

Yo quería ser periodista, y el estudio de la carrera de Derecho era algo que me ayudaba a entender el mundo. Un profesor de Civil de Barcelona nos explicó todo el derecho de obligaciones partiendo de un solo contrato: la compraventa. Era Francisco Fernández de Villavicencio. En el curso de mi trabajo como periodista político la mentalidad jurídica ha sido siempre una ayuda importantísima: me permitía separar la paja del grano, por decirlo de forma más sencilla. Eso me facilitaría, años más tarde, entender racionalmente el complicado mecanismo de la Unión Europea y distinguir entre el auténtico poder legislativo (el Consejo de Europa) del Parlamento Europeo (con un papel más semejante al de un senado que al de una cámara legislativa).

En uno de los primeros fines de semanas libres fuera del campamento [donde hizo la «mili»], al regresar al centro de la Obra donde vivía en Valladolid, uno de los residentes me recibió con cierta agitación mostrándome un papelito y diciéndome: «¡Ricardo!, ¡Ricardo!, mira: el Padre pregunta si quieres irte a Austria».

El «padre» era José María Escrivá de Balaguer, hoy san Josemaría, fundador del Opus Dei. Yo tenía entonces 21 años, y nunca me lo había encontrado personalmente» (p. 38).

Terminado el campamento militar tuve que ir a Madrid para el examen de reválida de la Escuela de Periodismo. Allí hablé del asunto [de Austria] con uno de los directores de la Obra en España. Me dijo que tenía completa libertad para responder afirmativa o negativamente, y que además disponía de tiempo para pensarlo. Me sugirió que reflexionara por lo menos durante dos semanas y que después yo mismo escribiera al Padre para darle mi respuesta. No esperé ese plazo, y escribí respondiendo que sí, sabiendo que todavía me quedaba algún examen del último curso de Derecho y que no había terminado el servicio militar.

Entonces me di cuenta de que tenía que acudir de nuevo a la ayuda de los ángeles custodios: del mío, pero sobre todo de los de mis padres, que estaban haciendo grandes esfuerzos para sacarnos adelante, pero que nunca habían contado con la posibilidad de que uno de nosotros marchara al extranjero al finalizar sus estudios.

Mi hermano estaba en Roma y la noticia que les di en verano de 1958 sobre mi intención de establecerme en Austria no fue inicialmente considerada como un privilegio.

Para mí aquello fue una lección: no entendían por qué precisamente su hijo menor (el revoltoso) había sido escogido para participar en el comienzo del apostolado en Austria. No me lo dijeron así: pero pienso que al mismo tiempo daban gracias a Dios porque comprendían que aquello no era un capricho de nadie, sino una llamada de Dios, aunque les costase aceptarlo. Entendían además mi disposición personal y mi entusiasmo por responder a la invitación de San Josemaría.

Yo hice lo que pude: les escribía con mucha frecuencia desde Austria, les contaba cosas de mi nuevo país, les enviaba recortes de mis artículos y sobre todo pedía al Señor y la Virgen que les premiara su sacrificio. Cuando fue posible, les visité en Girona.

Finalmente llegó la noticia que esperaban: mi hermano Norbert iba a ser ordenado sacerdote en agosto de 1962 y celebraría su primera solemne en Girona. Yo no estuve presente, pero sé que fue un enorme alivio y alegría para mis padres. Más tarde supe que



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

mi padre había empezado a asistir a los retiros espirituales que se daban entonces en Girona.

Pero un año más tarde otra noticia estuvo a punto de turbar aquella nueva situación. Mi hermano, que llevaba ya más de un año ejerciendo su ministerio en España, comunicó a mis padres que el Padre (san Josemaría) le había preguntado si estaría dispuesto a ir a Sidney, donde el Opus Dei estaba empezando su labor apostólica. (...). Mi padre, que llevaba tiempo siendo cooperador de la Obra, había pedido ya la admisión como supernumerario del Opus Dei. Cada vez ambos eran más felices.

Cuando Norbert se había adaptado ya a la lengua y al entorno del sexto país en tamaño del mundo y cuando yo acababa de ser contratado por *La Vanguardia* como corresponsal en Viena, la salud de mi padre empeoró. Los médicos le diagnosticaron un cáncer del que no se recuperó. Pude estar con él las dos últimas semanas. Estaba tranquilo como siempre y me dijo que deseaba incorporarse definitivamente a la Obra, y así fue. El sacerdote que le atendía era mossèn Bachs (...). Murió santamente el 7 de mayo de 1964.

Cuatro años más tarde, y con el fin de que pudiera estar cerca de mi madre, el fundador propuso a Norbert que regresara de Sidney a Girona, cosa que hizo en 1967. Ella no tardó en ser admitida como supernumeraria. Aquello la rejuveneció y la impulsó a reunir a sus amigas en su piso, para tener algún círculo o escuchar una meditación. El Señor le concedió la gracia de vivir hasta 1992» (pp. 38-39).

Lo que yo había experimentado sobre el periodismo político en España no era muy atrayente y, por lo tanto, la posibilidad de ejercer mi profesión en otros ambientes con más libertad de prensa se convirtió en un elemento adicional y favorable a la invitación de san Josemaría. Mi entusiasmo no me impedía darme cuenta de que las cosas no iban a ser fáciles: no conocía la lengua, no habían terminado del todo los estudios, no tenía empleo y solo mi trabajo no iba a financiar la estancia. Mis intentos de conseguir una beca fracasaron. Un representante de la agencia Europa Press, de la que el *Diario Regional* era cliente, me dijo en una de sus visitas que ellos estarían dispuestos a tener un corresponsal en Viena con un sueldo a tiempo parcial. Lo acepté, a pesar de que se trataba de un sueldo miserable (...).

Describir el trayecto de mi vida en Viena y desde Viena, solo puedo hacerlo con algo que se parece a una dramaturgia de peripecia triple.

Por una parte, ese trayecto ha sido el marco de mi maduración humana y profesional en condiciones verdaderamente excepcionales: siendo todavía un chaval aprendí a ser corresponsal del periódico que durante decenios había tenido la mejor sección internacional de España, aprendí a insertarme en una cultura muy distinta de la de mi origen, y experimenté la metamorfosis de la comunicación escrita a nivel mundial.

La segunda peripecia fue haber sido testigo de excepción de una transformación social y política europea que empezó con la guerra fría y terminó con la caída del telón de acero y de los regímenes comunistas en Europa.

La tercera parte de la dramaturgia ha sido la más hermosa y quizás la menos ruidosa de mi vida: haber podido contribuir a extender el mensaje de Cristo, a través de participar de alguna forma en el desarrollo de la labor apostólica del Opus Dei en la Europa central y del Este.

Tengo plena conciencia de que mis recuerdos personales podrán parecer en algunos momentos un entresijo en el que se mezclan relatos sobre el ejercicio de una profesión

RECENSIONES

absorbente, narraciones sobre el lento desmoronamiento del comunismo y alusiones a mi familia espiritual: el Opus Dei, que ha sido el trasfondo espiritual de toda mi vida. Para los que me han conocido personalmente es evidente que no se trataba de «materias mixtas», sino de diversos niveles de una misma realidad que de alguna forma eran siempre un desafío para mi vida de cristiano, un reto al que hay que sumar mis naturales debilidades personales» (p. 43).

Estos cuatro párrafos, que reflejan la «peripecia triple» de Estarriol, están, a mi juicio, entre lo mejor del libro. «Yo no hubiera venido a Viena, si san Josemaría no me lo hubiera propuesto. Aquí continué mi vida profesional» (p. 43).

En su segundo viaje a Viena, el domingo 4 de diciembre de 1955, san Josemaría «descubrió» el icono de María Pócs bajo un baldaquino de la catedral de san Esteban, donde él acababa de celebrar la misa, y allí compuso una jaculatoria que años más tarde repetiría mucha gente en todo el mundo: *Sancta Maria, Stella Orientis, filios tuos adiuva!* (Santa María, Estrella de Oriente, ¡ayuda a tus hijos!). En ese periodo yo estaba estudiando Historia de la Filosofía en un curso de estudios en Santiago de Compostela, y me había llegado la noticia de que el fundador nos pedía que repitiéramos aquella jaculatoria para rezar «por la labor en Austria y en el Este de Europa». No tenía entonces el menor presentimiento de que aquello pudiera tener algo que ver conmigo (p. 49).

San Josemaría viajó a muchos países por razones pastorales, pero no hacía propiamente turismo. Solía patear las ciudades que visitaba rezando por la gente y entrando en las principales iglesias y santuarios. Algunos de los monumentos históricos se le quedaron grabados, como la columna/monumento dedicada a la Santísima Trinidad en el Graben de Viena, muy cerca de la catedral. Aquello, que en realidad era un exvoto para agradecer el fin de una epidemia de la peste, le impresionó porque nunca había visto un monumento de semejantes dimensiones dedicado a la Trinidad en medio de la calle. Pero lo que más le admiró no fue tanto la exuberante arquitectura del barroco obelisco de Fischer von Erlach cuanto el programa teológico del monumento, que era una profesión de fe que dice: *Deo Patri Creatori, Deo Filio Redemptori, Deo Spiritui Sanctificatori*, con lo que el emperador [Leopoldo I de Habsburgo] daba las gracias a Dios trino creador, redentor y santificador. Allí, ante la columna, Escrivá quedó sumido en oración y apuntó en su agenda las palabras de la dedicatoria. Cuando regresó a Roma, encargó que se esculpieran en el retablo destinado al oratorio de la Santísima Trinidad, donde solía celebrar cotidianamente la misa, en la sede central del Opus Dei en Roma» (p. 49).

Cuando en diciembre de 1955 regresó a Roma, calificó a Viena como «puerta de Oriente» y pidió al alemán Klaus Martin Becker que decorara una pared del oratorio llamado *Stella Orientis* con una gran panorámica mural de la capital austríaca (p. 51).

Después de haber llegado a Viena, en noviembre de 1958, no tardé en darme cuenta de que lo del apostolado «en los países del este» iba para largo (...).

Pero también me venía a la cabeza el futuro: ¿Cómo íbamos a difundir el espíritu del Opus Dei en los países donde la Iglesia y los cristianos eran perseguidos por su fe? (...).

Todos conocíamos el ardiente deseo de san Josemaría de llevar el carisma fundacional a todo el continente y de forma especial —en la época de *guerra fría* en que nos encontrábamos— a los que sufrían una persecución tan cruel como la que él había padecido durante la guerra civil española. Este deseo se sentía reforzado por el interés de Pío XII por lo que pronto se llamó «la Iglesia del silencio».



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

El diálogo con los regímenes comunistas era entonces imposible y la comunicación de la Santa Sede con la Iglesia local no existía o era problemática. Escrivá sufría ante el padecimiento de los perseguidos como lo manifiesta un telegrama suyo de 1949 dirigido al Papa a propósito del proceso contra el [húngaro] cardenal Mindszenty. Sabía que el Opus Dei solo podría establecerse en un país que gozara de un mínimo de libertad y que, por lo tanto, el tiempo de espera debería ser también un tiempo de preparación y de oración. A esto había que añadir las peticiones, recomendaciones y consejos que recibía de muchas partes. Según relata Álvaro del Portillo en su declaración para el proceso de beatificación del fundador, la actitud de Escrivá fue seguir «con vivo interés la situación de la Iglesia en los países de Europa Oriental, progresivamente subyugados por el dominio marxista, y desde el principio procuró que los católicos de otros países fueran conscientes de las dificultades con las que se enfrentaban sus hermanos en la fe y les ayudaran con sus oraciones». (...) En el decreto de aprobación del Opus Dei de 1950 (*Primum Inter*) podía leerse (...) que los miembros estarían siempre dispuestos y preparados «para ir a las regiones en las que la Iglesia padezca persecución o cuando la Iglesia solicite maternalmente en cualquier modo sus servicios o su trabajo». Al preparar el mencionado estudio histórico [sobre la prehistoria del Opus Dei en Austria], encontré un casi profético comentario de Escrivá en noviembre de 1956, es decir, durante la represión soviética del levantamiento popular en Hungría, que decía: «Donde haya persecución, de la que sea, empezarán a entrar por todas las fronteras hombres y mujeres, profesores y periodistas y obreros y diplomáticos... a hacer un buen servicio» (...).

En los últimos años de la década de los cincuenta, Antonio Samoré, entonces secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios de la Santa Sede, y más tarde cardenal, había pedido a san Josemaría que algunos estudiantes fueran a Moscú, para seguir los cursos en la universidad. Según me contó en 2008 en Roma el entonces prelado Javier Echevarría, Escrivá preguntó a Samoré si podría acompañarlos algún sacerdote. Ante la negativa de Samoré el fundador declinó aquella invitación, añadiendo que —puesto que la policía soviética estaría perfectamente informada de quiénes eran esos hombres del Opus Dei— quizá les pusiesen trabas de todo orden, también moral, y por lo tanto no podían exponerlos al riesgo de no poder acudir a quien les atendiera sacerdotalmente (...).

Según Echevarría, San Josemaría no se habría opuesto a que hijos suyos fueran a los países de los que la Iglesia padeciera alguna persecución, pero «no programó una labor estable de los fieles de la Obra en esos países». No le importaba que hombres y mujeres del Opus Dei —con motivo de su trabajo profesional— fueran o permanecieran en países en los que se perseguía a la Iglesia, y él rezaba siempre por quienes se encontraban en esas circunstancias. Esto es lo que me sucedió a mí (pp. 51-54).

Basta con repasar el índice de las memorias de Estarriol para comprobar que pudo visitar todos los países del Este, tanto cuando parecía no haber problemas como cuando los había. Ello le permitía (por no decir que le obligaba) a establecer relaciones con eclesiológicos, políticos y hombres de los «media» de todos estos países. Esta fue la larga y apasionante vida de Ricardo Estarriol, uno de los mejores corresponsales españoles, entre 1958 y 2021.

Ricardo Estarriol Seseras (Gerona, 27 de febrero de 1937-Viena, 15 de mayo de 2021) fue un periodista español de *La Vanguardia* en Viena, que fue considerado

RECENSIONES

el decano de los periodistas extranjeros en Austria. Informó directamente de acontecimientos como la primavera de Praga (1968), el conflicto fronterizo chino soviético (1969), los ocho viajes de Juan Pablo II a Polonia, la llegada de Mijaíl Gorbachov a la presidencia de la URSS (1985), la caída del Muro de Berlín (1989), las guerras de los Balcanes o el colapso del Bloque del este. Expulsado de Belgrado durante el bombardeo de la OTAN (1999), logró llegar a Pristina con las fuerzas británicas ese mismo año.

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA